

samiento, no se siente entristecido, sino lleno de un júbilo irreprimible. Cuando una comunidad culmina una labor que ha estado salpicada de muchas desazones, y deja el grano en la troje, el mosto en el lagar, los turbios en la almazara, no se reúne a llorar, sino que canta el advenimiento de su bien ganada recompensa. No hay que irse a las juergas con desconocidos. Quien pierde el pudor para embriagarse, ya de vino, ya de alegría, sin un motivo fundamental, y paga para alegrarse, no puede saber de dolores ni de alegrías. No debe, siquiera, contar como ente de referencia en un libro de altos vuelos como el de Caba.

Pero este paralelismo que se acusa entre Caba y Unamuno llega más lejos que una parigal apreciación del dolor como sentimiento. Ambos trinan contra aquellos que no lo cultivan sino que, por el contrario, deforman sus causas para arrancar el beneficio de una sonrisa.

Al humorista, Caba le llama «incapaz de honduras» y «brillante patinador de superficies». También Unamuno trinoó contra los humoristas, y calificó al humorismo de enfermedad, de deformación espiritual, relacionando este retozo del ingenio con los humores fisiológicos. Pero en esa *brillantez de patinar sobre superficies* a que el eterno picoteo en todos los temas condenaba a Unamuno, don Miguel no quiso decir que el humor, para aquellos cuerpos no puros de sangre, es un gran beneficio, porque en pequeños manantíos de poros sucios se les escapa lo podrido que, estancado, acabaría convirtiendo su cuerpo en un lodazal. Y, así, tal vez la sociedad se valga de los humoristas para ir eliminando aquellos residuos que le comienzan a ser molestos, y ellos sean unas veces cirujanos que aplican el bisturí de su pluma para reventar flemones y, otras, cuando es la melancolía la que invade el ambiente, saltimbanquis o payasos que arrancan una sonrisa. En último extremo ¿malhumoristas, como quiere don Miguel? Pues malhumoristas. Pero... ¿incapaces de honduras? Dejemos de citar a Molière, a Shaw, a Chésteron, a Dickens, a Eça de Queiroz, a los muchos que, con el humor de su pluma, han removido en las profundidades de la conciencia humana y han dejado, burla burlando, no despreciables documentos filosóficos. Concretándonos a nuestro solar, y al presente, y dejando orillado el humor acre de Benavente, fijémonos un momento en el que destila, día a día, en crónicas y libros cada vez más sutiles y poéticos, Fernández Flórez.

No, no son incapaces de honduras los humoristas, si es que, además de serlo, son hombres de talento. Lo que ocurre es que cualquier otro escritor que apenas quiere sentar aires de perennidad se impone la obligación de molestarse si le hacen cosquillas.

Y, por último: quizá el humorista dure menos para la posteridad, porque habiendo de ironizar sobre motivos presentes, cuando ellos se olvidan, con la mudanza de los tiempos, su sátira, carente de sentido, no se comprende y, por el tono ligero, puede parecer superficial. Como lo parece la herida abierta con el bisturí cuando, ya extirpado el tumor, ha cicatrizado.

CÁSTULO CARRASCO

O C A S O

¡La tarde se está muriendo en los brazos de las cosas!
 ¡La tarde se está muriendo, y temo quedarme a solas
 con el cadáver sangriento del Sol, en las altas copas!
 Por la inmensidad de un llano, voy con mi dolor a solas,
 densas tinieblas me envuelven, dudas y temor me agobian,
 el cadáver de un recuerdo me sigue como una sombra,
 un hielo de realidades ata mi fantasía loca.
 Los sueños huyen, se alejan, mi sonrisa me abandona.
 La corteza de mi espíritu, ya de tan vieja, musgosa,
 no da paso al sentimiento, y luchando voy a solas
 hacia aquel álamo verde que lejos mece su copa;
 pero el camino es muy largo, veo como avanzan las sombras.
 La tarde muere, y yo tengo miedo de quedarme a solas
 con el cadáver sangriento del Sol, en las altas copas.

M.^a LUISA CHAMIZO

ESTAMPAS

I

Una berlina azul
 la calle va paseando,
 con la mocita cursi
 y el caballo castaño.

¡Quién fuera así, mocita,
 «peco» de contrabando,
 repartiendo tontadas
 como plumas de ganso!

II

Otro domingo a la calle
 vestido de ciudadano.

Un mundo de avispas llevo
 por el cuello almidonado.

M. GUTIERREZ DE LA FUENTE